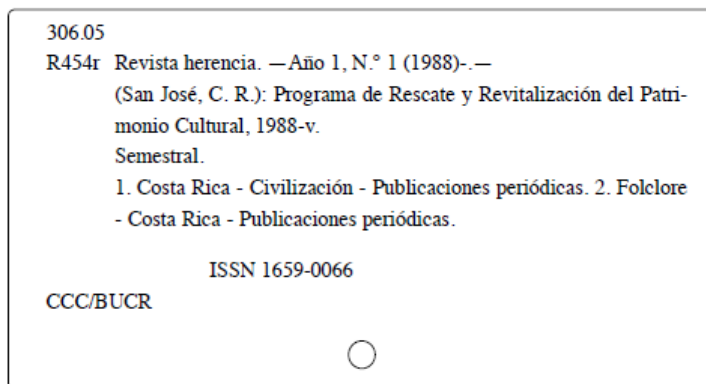


REVISTA
herencia



ISSN: 1659-0066
@ISSN: 2215-6356

VOLUMEN 35 N°1, 2022



Revista **herencia** Vol. 35(1), enero-junio, 2022



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

EEG Escuela de
Estudios Generales

Herencia Semestral

ISSN 1659-0066

La revista Herencia es una publicación semestral de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Su propósito es la difusión de artículos sobre el rescate y la revitalización del patrimonio cultural.

Consejo Editorial

Dr. Óscar Alvarado Vega
Dra. Macarena Barahona Riera, Escuela de Estudios Generales.
Dra. Susan Campos Fonseca, Sede del Atlántico, Facultad de Artes, Escuela de Artes Musicales
Lic. Melvin Campos Ocampo, Escuela de Estudios Generales, ICOMOS de Costa Rica.
Dr. Mauricio Murillo Herrera, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Antropología.
Mag. Jairo Núñez Moya, Escuela de Estudios Generales.
Dr. Leonardo Sancho Dobles, Escuela de Estudios Generales.
M. Sc. Claudio Vargas Arias, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Historia.

Director-Editor

Dr. Óscar Alvarado Vega

Asistente y Soporte Web

Myranda Hernández Aguilar

Consejo Asesor Externo

Dr. Jorge Baños, École Lacanienne de Pychanalise, Buenos Aires, Argentina.
Excmo. Ismael Fernández de la Cuesta, Academia de Bellas Artes San Fernando, España.
Arq. Andrés Fernández, Especialista en Patrimonio, Costa Rica.
Dr. Aurelio Horta, Universidad Nacional, Colombia.
Dra. Mariela Insúa, Universidad de Navarra, España.
Dra. Olga Joya, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, Honduras.
Mag. Mariel Reinoso, Grupo Editorial Destiempos, México.
Dra. Robin Ann Rice, Universidad Popular del Estado de Puebla, México.
Dr. Luis Thenon, Universidad de Laval, Canadá.
Mag. Marlene Vázquez, Centro de Estudios Martianos, Cuba.
Dra. Martina Vinatea, Universidad del Pacífico, Perú.
Mag. Alberto Zárate, Universidad Autónoma de México, México.
Dra. Magda Zavala, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.

Diseño, diagramación y edición

Dr. Óscar Alvarado Vega
Myranda Hernández Aguilar

Corrección de estilo y edición

Dr. Óscar Alvarado Vega
Myranda Hernández Aguilar

Todo el contenido en esta revista es:



Es libre de copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, remezclar, transformar y construir sobre el material. Debe otorgar el crédito correspondiente. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de ninguna forma que sugiera que el licenciante lo respalda a usted o su uso.

Escuela de Estudios Generales,
Universidad de Costa Rica. San Pedro de Montes de Oca, San José, Costa Rica.
Correo electrónico: herencia.eeg@ucr.ac.cr / Teléfono: (506) 2511-6342
<http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/herencia>

CONTENIDO

Presentación.....5

Artículos

ESCASEZ DE MONEDA, MONEDAS PROVISIONALES, RESELLADO DE EXTRANJERAS y EMISIONES DE LA REPUBLICA, COSTA RICA (1821-1848)

José A. Vargas Zamora y Manuel B. Chacón Hidalgo
..... 12

EL PATRIMONIO CULTURAL COMO RECURSO PEDAGÓGICO EN LA REHABILITACIÓN DE PERSONAS CON PROBLEMAS DE ADICCIÓN A LAS DROGAS

Bernardo Castillo Gaitán..... 45

CONTAR LA HABANA VIEJA PRERREVOLUCIONARIA DESDE LA CIUDAD, EL COMERCIO Y TRES HITOS PUNTUALES: DIAMANTES, EL NATIONAL CITY BANK Y LA LLEGADA DE LA REVOLUCIÓN

Shirley Longan Phillips..... 58

JOSÉ VALERIO ARGÜELLO (1862-1946): ARTISTA IMAGINERO

Miguel Bolaños Sequeira, Magda Barrantes Campos y Luis Carlos Bonilla Soto..... 71

PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE CACHÍ: UN PROYECTO VIRTUAL DE ARQUEOLOGÍA PARA LA COMUNIDAD EN EL CONTEXTO DEL COVID-19

María Garita Cordero, María Jesús Rojas Sáenz y María de los Ángeles Rojas Sancho.....100

Separata

LAS RUTAS HISTÓRICAS DEL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS BIOLÓGICAS EN COSTA RICA
Luko Hilje Quirós.....110

Presentación

En este número, el 35-1, del 2022, nos complacemos en presentar una serie de artículos que vienen a contribuir (tal ha sido la línea de Herencia desde su aparición), con la discusión en torno al patrimonio, la cultura, la identidad y, por supuesto, la herencia que ha sido un legado invaluable en nuestra historia.

Por ello, en el artículo de José Vargas Zamora y Manuel Chacón Hidalgo nos encontramos con la idea fundamental que apunta al uso de cierto tipo de monedas como un resabio en gran medida, un “documento” de una parte de nuestra historia, y una forma que aún se mantiene en algunos lugares de recolección cafetalera, si bien cada vez menos, como forma de pago, pero que también nos dice lo que ha representado este sistema de trato comercial en nuestro país desde hace más de un siglo, e incluso cuando trascendía a otras formas de “moneda”.

Durante la época colonial, nos indican los autores, la escasez de moneda, que era emitida por las principales cecas del imperio español, fue la norma en Costa Rica y las semillas de cacao fueron utilizadas como moneda. Después de la Independencia en 1821 y hasta mediados del siglo XIX, el país hizo esfuerzos por acuñar moneda propia y habilitar moneda extranjera mediante resellos que certificaran su calidad de acuerdo con las leyes vigentes. Fue la manera de poder establecer relaciones comerciales y de pago a lo interno.

Nos señalan también que el retiro de las macuquinas en 1849 fue pionero en América Central. Aunado a ello, Costa Rica se caracterizó por la emisión de varios tipos de monedas con motivos botánicos, como una palmera, una planta de tabaco, un arbusto de café en las mariquitas y un árbol de encina. Es lógico cuando se dispone de una nación en la cual la flora y la fauna son abundantes y constituyen casi “una marca” identitaria. Por tal motivo, la escogencia de estas especies estaba asociada a su importancia en la economía, o como símbolos para promover la imagen del país. Indican los autores que es significativa la emisión de la primera moneda conmemorativa y la inclusión, en esta y en monedas de oro de la República, de figuras femeninas como representación del país y de América, con todo lo que ello implicó, incluso con la representación de algunos semidesnudos que, para la época, eran motivo de escándalo, lo cual se manifiesta en las mismas monedas y en el aplanamiento de los bustos femeninos. Asimismo, el grabado de dos ramas entrelazadas al pie del escudo de armas, o enmarcando el valor de la moneda, es común en monedas del mundo. Nos apuntan ambos autores, que en las de Costa Rica una rama se asemeja a una palma y la otra posee hojas pequeñas lanceoladas, en grupos, y frutillos pedunculados. Sin embargo, es difícil el atribuir esta última al mirto, al olivo, o al laurel europeos, señalan, y más aún si la realidad biológica fue modificada por la libertad artística del grabador. El aporte de las imágenes que permiten graficar lo que los autores indican, resulta esencial para tener la idea de lo que representaban las figuras en las monedas, sus diseños y claro, está, su simbología y función, en definitiva.

En el texto de Bernardo Castillo Gaitán nos encontramos con lo que representa el patrimonio como una forma de “escape”, por llamarlo de alguna manera, de aquellos que confeccionan trabajos alusivos a nuestra patria, a sus provincias y a las características fundamentales de estas. Es una manera de recobrar y conservar los valores por medio de la confección que llevan a cabo sujetos en riesgo social y que procuran rehacer sus existencias en instituciones que les posibilitan una reinserción social efectiva y productiva.

La rehabilitación de las personas con problemas de drogadicción debe ser una tarea conjunta, de la cual participemos todos, en pro de sacar adelante a esta población que se ha vuelto vulnerable de alguna manera, y que pasa por un proceso de “reconstrucción” de sus posibilidades, e incluso de su propio ser en relación con el colectivo. Por ello, como lo apunta el autor, el patrimonio cultural, como expresión de humanidad que se desarrolló en el pasado como herencia para referirse a la identidad en el presente, es una fuente para preparar un futuro sin desesperarse y, por lo tanto, una herramienta para enseñar a vivir a quienes han perdido la esperanza para hacerlo. No se presenta al patrimonio cultural como una medicina, sino como un tema que debe ser incorporado como un recurso para la educación de personas que acuden a los programas de atención de personas adictas a las drogas, según nos indica Castillo. Desde tal perspectiva, nos damos cuenta de que también este tipo de trabajo es una forma de reinserción, de colaboración para estos sujetos que incluso son capaces de producir hermosos trabajos que luego, si les es posible, pueden convertirse en su sostén de cara al futuro, una vez reinsertos al mundo productivo.

Por su parte, en el texto de Shirley Longan Phillips encontramos una referencia a la sociedad cubana, y a la memoria como legado a partir del recuerdo, de las historias de quienes han sido partícipes de momentos vitales en sus existencias, que nos permiten “recrear” aspectos fundamentales del devenir de ese país, y que no podríamos conocer de otra manera. Es el saber del pueblo, de todos aquellos que transmiten, desde sus vivencias, ese legado, esa historia, el recuerdo, el “retorno” de aquello que debe ser contado y conocido. Tal como lo señala la propia autora, leer, escribir, contar y estudiar La Habana Vieja prerrevolucionaria implica un gran reto, pues indudablemente, después del denominado triunfo/traición de la revolución, toda la dinámica social cubana sufrió un apreciable cambio. Ya desde el hecho de la perspectiva de quienes han resultado “ganadores” o “perdedores”, hemos de encontrarnos ante un testimonio que revela una percepción de mundo, de lo vivido.

En el artículo de Miguel Bolaños Sequeira, Magda Barrantes Campos y Luis Carlos Bonilla Soto podemos encontrar la relación entre el arte y lo sacro, como una especie de conjunción que establece el artista José Valerio Argüello, del cual hacen referencia los autores del texto. El análisis de los detalles, de cada aspecto de las estatuas o figuras, del uso de los colores, va configurando una perspectiva que caracteriza o define los rasgos fundamentales del hacer del artista. Por ello, y por como lo establecen los autores del texto, José Valerio Argüello se autodenominó como un artista, que fue celoso y riguroso de su oficio, capaz de defender a ultranza lo que representa la elaboración de su arte, que

no debe confundirse con artesanía, como el propio escultor lo define en uno de los apartados del artículo, pues dio lugar a obras de fina talla y sobria policromía, apuntan los autores, y fue capaz de resolver y producir un abanico amplio de representaciones de nacimiento o belén y del santoral católico, elaboró imágenes para las iglesias josefinas, heredanas y alajuelenses, tuvo relación con artistas e intelectuales de su época, lo que reafirma su condición de creador, de figura que gracias a su propio arte, a su patrimonio producido, adquiere un espacio vital en el reconocimiento del arte costarricense.

En el texto que nos presentan María Garita Cordero, María Jesús Rojas Sáenz, y María de los Ángeles Rojas Sancho, “Patrimonio arqueológico de Cachí: un proyecto virtual de arqueología para la comunidad en el contexto del covid-19”, se nos señala, por parte de estas, que el proyecto de Patrimonio Arqueológico de Cachí (PADC) surge en el año 2020 en respuesta a una serie de acciones de destrucción y huaquerismo hacia el patrimonio arqueológico del distrito de Cachí. Desde el inicio, el objetivo del proyecto fue el de promover la concientización y vinculación del patrimonio arqueológico en la comunidad a través de la creación de recursos virtuales que facilitaron la socialización de los yacimientos y su valor histórico. La recurrencia a redes sociales y al uso de la tecnología orientó la tarea de las autoras, las cuales luego pudieron contar con el apoyo financiero del programa de Becas Creativas del Ministerio de Cultura y Juventud. Ello les facilitó la creación de materiales divulgativos como: audiogramas y conversatorios virtuales con la comunidad, lo que promovió una respuesta activa de las personas con las páginas de Facebook e Instagram, que se tradujo en el rescate de la memoria de los habitantes en torno al patrimonio.

La tarea de proteger este patrimonio en la región de Cachí, llevó a las autoras a trabajar, entre las diversas tareas que llevaron a cabo, en dos aspectos muy puntuales: En primer lugar, elaborar materiales educativos que fueron publicados en redes sociales, junto con conversatorios que facilitaron un contacto más cercano con las personas de la comunidad, ya que, a partir de estos, se logró interactuar con los habitantes de la zona, lo que posibilitó el diagnosticar el vínculo y el sentir de los vecinos con respecto a los bienes patrimoniales. En segundo lugar, los conversatorios plasmaron parte de las vivencias y experiencias de las personas durante su niñez y juventud con los elementos arqueológicos circundantes, de acuerdo con lo que apuntan las autoras.

Esta labor da cuenta de los esfuerzos no solo por restaurar, sino también por conservar lo que es el legado de una historia invaluable, que apunta, de igual manera, a la historia de los pueblos, su herencia, su patrimonio, su cultura, y el legado que han de recoger las futuras generaciones.

El ligamen de los pobladores con lo que representa el patrimonio descrito, los lleva a identificarse con la causa de las autoras, por lo cual se facilita un trabajo conjunto y permanente, en procura de no perder la herencia invaluable de nuestros antepasados, como un tesoro que aflora en el presente. Tal esfuerzo permitió llevar a declaratorio de

monumentos patrimoniales una serie de lugares en nuestro país que, de otra forma, podrían haber sido arrasadas, en aras de un progreso más que discutible.

En definitiva, en este texto se resalta la importancia de involucrar a las comunidades en la tarea de compartir, informar y guiar sobre la historia antigua, y con ello permitir la socialización de su valor y conservación. El desconocimiento de la propia historia ancestral da como resultado un efecto contrario a la conservación.

La conservación de los sitios arqueológicos se ha visto beneficiada, escriben estas, por una adecuada comunicación y el uso de herramientas informativas a las comunidades para que estas pueden convertirse en actores protectores de su propio patrimonio, pues adquieren una dimensión de lo que representa el valor histórico, lo comparten con las futuras generaciones, evitan prácticas invasivas y denuncian acciones de personas que atenten con su conservación.

Apuntan las autoras que en su trabajo la experiencia con la gestión y difusión a través de medios virtuales debido a la pandemia por COVID-19, produjo que el proyecto debiera reinventarse en la búsqueda de nuevas formas de interactuar y acercar los bienes arqueológicos a la comunidad y con esta.

Finalmente, en el apartado de la Separata, pero no menos importante, el autor, Luko Hilje Quirós, nos pone en evidencia un proceso de fundación de diversas instituciones relacionadas con la biología, con el estudio de los árboles, de los insectos, del entorno, que tiene arraigo en la contribución de diversos especialistas, estudiosos, científicos, que vinieron a nuestro país en los siglos recientes y que, gracias a sus estudios, publicaciones, labor, entrega, docencia y más, fortalecieron la investigación científica en Costa Rica y han dejado una contribución fundamental que se manifiesta no solo en sus escritos, sino en la derivación de grandes profesionales científicos que han surgido en nuestro país, lo mismo que en los estudios que hoy se realizan en nuestras universidades públicas, y de las cuales la Universidad de Costa Rica es pilar y líder.

El aporte de la biología, y su importancia en la consolidación de estudios de gran envergadura, han sido un bastión a lo largo de la historia, como lo indica el autor Hilje Quirós. El enriquecimiento que el saber foráneo permitió insertar en Costa Rica, fue vital para el surgimiento de centros de estudio y de abordajes que, claro está, hoy son legado vital de nuestra historia.

Tal como este lo indica, se abren rutas que van delimitando la dirección de una ciencia, de un abordaje, de un conocimiento, y, por supuesto, de la formación y consolidación de nuestros especialistas, y gracias también a la riqueza que caracteriza a nuestra Nación. La riqueza de nuestros recursos naturales se convierte en bastión que da lugar a estas investigaciones, a estas contribuciones y al aporte, desde el campo mismo, para lograr lo que hoy se posee, y se hace manifiesto en tiempos del bicentenario.

Gracias a las influencias científicas relevantes, se logró el reconocimiento de las ciencias biológicas como parte de la cultura del país. Asimismo, a partir de fines del siglo XIX, el influjo suizo fue clave para la institucionalización de las ciencias biológicas, además de que casi desde entonces la influencia de científicos estadounidenses ha sido abrumadora. De hecho, la contribución del doctor Daniel Janzen y su esposa ha sido sencillamente descomunal en las últimas décadas, y sus publicaciones así lo corroboran. Ello por citar apenas un ejemplo.

Muy pocos de los naturalistas que exploraron el país poseían estudios formales en ciencias biológicas —como era usual entonces—, y más bien predominaban los médicos y farmacéuticos. No obstante, todos o casi todos, tenían amplia experiencia en diferentes grupos florísticos o faunísticos. Además, respaldaban su labor en el apoyo proveniente de excelentes pares científicos y redes de colaboradores en Europa y EE.UU., como lo ha indicado Hilje Quirós.

El autor nos indica que si bien hay quienes han llegado a creer que los naturalistas que han arribado al país a lo largo de su historia lo han hecho por motivaciones de carácter colonialista o imperialista, ello no es cierto, pues en su gran mayoría lo hicieron con fondos propios o de sus instituciones académicas, obedeciendo al impulso interior que representa la sed por la búsqueda del conocimiento, así como por la pasión que provoca el estudio de la naturaleza tropical.

De igual manera, el aporte de estos docentes, investigadores, científicos, redundó en el fortalecimiento de la docencia y la investigación en ciencias biológicas. Incluso hoy también funcionan otros mecanismos de colaboración internacional, mediante redes entre investigadores, y la formación de postgrado en universidades extranjeras de alto nivel, nos describe el autor. El aprovechamiento ciertamente ha sido excelente a lo largo de estos siglos.

Don Luko Hilje nos describe que, desde muy temprano en la vida independiente del país, se captó la necesidad e importancia de institucionalizar y financiar actividades científicas propias, lo cual permitió la formación de los primeros botánicos y zoólogos nacionales, el desarrollo de proyectos de investigación, y el surgimiento de revistas científicas locales. Con la creación de las universidades estatales, más el apoyo del CONICIT, ha habido un impresionante potenciamiento en esos tres rubros, con varios miles de biólogos graduados, la investigación como una actividad continua y cotidiana, y varias revistas de calidad, reconocidas internacionalmente, además de que se ha consolidado el hábito de publicar los hallazgos científicos, tanto en revistas propias como en revistas internacionales de alto impacto. El paso de los años, por lo tanto, ha consolidado el quehacer de las investigaciones en este campo y ello repercute claramente en beneficio del conocimiento necesario para continuar abriendo espacios de investigación, de estudio y de fortalecimiento en estas disciplinas.

Hoy las ciencias biológicas están consolidadas, escribe Hilje, y ya son parte de nuestra cultura, y gracias al aporte de tantos investigadores a lo largo del tiempo —tanto nacionales como extranjeros—, existen detallados inventarios de nuestra biota, y un conocimiento profundo de nuestros principales grupos y especies de plantas y animales; de igual manera, se cuenta con un sistema de clasificación de sus zonas de vida y sus ecosistemas (eco-mapas), de gran importancia para la planificación en el uso del territorio; y se ha logrado el establecimiento y afianzamiento del Sistema Nacional de Áreas de Conservación (SINAC) que es un ejemplo en el mundo, además de que el ecoturismo representa una importante fuente de divisas para el país. El conocimiento de esta y otras disciplinas, a partir de tal aserto, confirma la relevancia de la investigación, de los procesos de escritura que evidencien los trabajos serios de campo y de bibliografía que testimonian las horas, los días, las semanas, los meses y hasta los años de trabajo de los intelectuales que, con recursos, o incluso en ocasiones sin ellos, han aportado, y siguen aportando al conocimiento y a las generaciones presentes y futuras.

Dr. Óscar Gerardo Alvarado Vega.

Director Revista Herencia

